

DIA DE ABRIL EN HUMAHUACA

Para Amanda B. Caubet,
Embajadora de Argentina

RECORDAS, Amanda? Ibamos desde Jujuy al norte, bajo un cielo absoluto y entre el prodigio de altas montañas de laderos multicolores que tan pronto se cortan abruptamente, y entonces se llaman "Las Catedrales", como se visten de delicados verde y rojo y componen "La Paleta del Pintor".

Hicimos más de un alto en el camino. Primero, para dar perpetuidad con las máquinas fotográficas a nuestra presencia ante el gran cartel que señala el trópico de Capricornio; luego, para admirar la naturaleza inmensa, los picos lejanos de formas y colores que asombran. En cada parada, niños silenciosos y afables —indiecitos coyas, nos explicastéis— tendían sus manos oscuras ofreciendo con reposada dignidad collares de cuentas de barro, figuras y platos de cerámica pintada. Luego de vendernos alguna pieza de su alfarería, uno de aquellos niños, tocado con gorro de lana pese a lo templado de la estación, cantó con voz limpia una canción leve y alegre.

Recorrimos después en devoto silencio las callecitas de Purmamarca y Uquía, que discurren entre casas de oscuros muros de adobe y techumbres planas y desembocan en el horizonte de azul y piedra. Entramos en la emoción de las viejas iglesias españolas encaladas, de frescos interiores poblados de imágenes ingenuas y lienzos cuzqueños, donde la fe se impone con sencillo dominio. Nos miramos en los ojos serios de las gentes del altiplano, pétreamente severos y sin embargo humildemente amigos.



Llegamos a Humahuaca después del mediodía, no sin sentimiento de nuestro anfitrión, el buen juez Pioli Bouvier, que en vano se esforzó (con no poca temeridad automovilista) en alcanzar el pueblo a tiempo de mostrarnos, justo a las doce, la salida del santo de la hornacina que lo guarda en la extraña torre de la iglesia.

Fue el yantar en una antigua casa de comidas, de varias estancias amplias y frescas, paredes añiles, techos con madera de cactus y patio interior con profusión de plantas y un ligero toldo para proteger del sol. Bebimos vino de Cafayate, acaso fabricado por el noble y emprendedor amigo Martín Domingo, que con tanta hidalguía nos atendió, bajo la vigilante mirada española de su padre, Dan Saturio, con sus derechos ochenta y ocho años plantados en el patio de la florida casa.

Hablamos en la comida de Humahuaca de costumbres, países y manjares; de las distancias entre la humita en chala y el tamal, del quesillo con cuaresmillo, de tan gracioso nombre, y de los buenos vinos de Mendoza, de las muchas formas de cebar el mate (arte del que me ilustró en su casa de Santa Fe, con doctrina y práctica, Eriberto Bussi), y hasta de los efectos saludables del coquear.

Vos que tenés buena memoria recordás sin duda que comimos loco y picante de pollo, estofado de cabrito y tamales; y primero de todo, aquellas empanadas de carne y queso, tan celebradas.

Estábamos ya en los té de coca —los tomamos los más sin azúcar— cuando se hicieron presentes músicos que se venían dejando oír desde el principio de la comida. Eran cinco muchachos del altiplano, de severos modales y un señorío indígena patente bajo los ponchos. Tocaban bombo y charango, guitarra, quena y siku (vos me escribiste la palabra y me adoc-trinaste de la dificultad del instrumento). La sala alargada se llenó de sonos alegres y tristes, de carnavalitos y zambas, de chacareras, bailecitos y cuecas.

En admirador silencio, mujeres y niños del lugar se asomaban a la puerta, desde la calle soleada. Todos sentíamos música y canto como verdaderos. Una misma fina emoción nos unía.

Ocurrió entonces que, al terminar los aplausos encendidos que premia-ban un vals, quien parecía director del grupo anunció, casi con disculpa, música extraña al repertorio. La estancia añil de suelo de baldosas rojizas se llenó así de la sinfonía imprevista que ideó, lejos en el tiempo y el espacio, Wolfgang Amadeus Mozart. La lluvia dorada de sonos aumentó el encantamiento de los presentes; subió la emoción a lo más alto, no sé si a



causa del contraste entre los indios músicos interpretando al europeo remoto o por el sentimiento de igualdad de los hombres que con sus sencillos instrumentos levantaban. Había también en nuestra efusión una simpatía profunda por los humildes, una admiración sincera hacia su puro modo de expresión.

Quise contrastar mi emoción, y para ello miré en torno. Walter Buhler escuchaba con inmóvil tristeza. Juan Carlos mantenía los ojos bajos en gesto de sabia, serena y grave atención. Marcelo Pioli no disimulaba el excesivo brillo en la mirada. Un mismo callado respeto nos unía a Baby y a Roberto, a Elisa y a mí. Vos contemplabas el breve conjunto de instrumentistas con impetuoso orgullo de madre o hermana, conmovida hasta las lágrimas.

Luego de la música de Mozart vino el malambo a servir de fondo al "Romance en celeste y blanco" que un niño de poncho azul recitó, recuperando hazañas de dagas filosas y antiguas proezas gauchas.

De vuelta a la ciudad, con alguno de los nuestros apunado por la altura, por la ventanilla del coche acerté a ver sobre una loma lejana la figura imprecisa de un jinete; la distancia, ayudada por la primera oscuridad del día, me hizo dudar si se trataba de Martín Fierro.

Murcia, enero de 1984

